

La batalla electoral en los medios de comunicación

Si desde 1977 no se conocía en España una campaña electoral tan dilatada, tan fiera, tan preñada de incertidumbres, tampoco desde los albores de la democracia reconquistada se había podido percibir con tanta nitidez el valor político de los medios de comunicación y el encarnizado combate que en torno a su control o neutralización libran los partidos políticos mayoritarios. Los que no aspiran a conservar el Poder o a conquistarlo parecen resignados a la orfandad informativa, a pesar de que en cualquier sociedad, y en la española con más motivo que en otras, una diferencia sustancial en el acceso a los medios supone la quiebra absoluta de la igualdad de oportunidades de los candidatos, que es la base misma de la democracia.


En España se lee muy poco pero el sufragio es universal. De ahí que la radio y, sobre todo, la televisión, tengan un papel preponderante en la orientación del voto, o al menos en la canalización de la propaganda partidista. Desde 1977, el control dictatorial del monopolio televisivo ha sido heredado por los gobiernos democráticamente elegidos, que han perpetuado el abuso de sus privilegios en la que es principal y en muchos casos única fuente de información política de millones de españoles. No es casualidad que en la época de UCD y en la década felipista el perfil sociológico del votante a favor del partido del Gobierno haya sido el mismo: rural, clase baja, apenas alfabetizado, jubilado, pensionista y femenino. Ese perfil no corresponde, como suele decirse, al de los «burgos podridos» de la Restauración, al de las zonas de con-

**FEDERICO
JIMÉNEZ
LOSANTOS**

«En España se lee muy poco, pero el sufragio es universal. De ahí que la radio y, sobre todo, la televisión, tengan un papel preponderante en la orientación del voto, o al menos en la canalización de la propaganda partidista.»



«El fracaso de la oposición en esa política de reparto institucional ha sido tan espectacular como justo. No se puede estar denunciando la intolerable corrupción y las horrendas manipulaciones de una institución pública y seguir colaborando con su máximo órgano asesor.»



trol clerical, al agrarismo más o menos latifundista, sino más bien al público que ve siempre los telediarios de la primera cadena de TVE o que Radio Nacional, ambas en la estela del «Parte» que fue pitanza informativa de la gente durante la Dictadura. Esa gente si cambia alguna vez de canal de televisión, lo hace sólo buscando películas, concursos o alguno de esos programas que se dedican a la búsqueda del criminal que cada uno lleva dentro, aunque sea con la excusa de los crímenes que se cometen ahí fuera.

Tan importante, tan decisiva es la televisión al configurar la propuesta de Gobierno del que quiere mantenerse en el poder, que el PSOE, que tenía tradicionalmente un tipo de votante urbano, joven, trabajador cualificado o de clase media, lector de periódicos y con nivel de instrucción medio y alto, lo ha cambiado por completo en los años de su larga estancia al frente del Gobierno y de RTVE. Puede discutirse si el cambio se debe al uno o a la otra, pero creo que en este caso nos encontramos ante la paradoja clásica del huevo y la gallina: primero quizás fue el Gobierno pero después fue la tele, que consolidó al Gobierno, que reforzó la tele, que reforzó al Gobierno, que fortaleció a la tele, que fortaleció al Gobierno, y así hasta el infinito. El hecho indiscutible es que Gobierno y control de RTVE han sido las dos caras de una misma moneda, la del poder político.

El Partido Popular, desde la llegada de Aznar, se propuso combatir el monopolio, ya quebrantado por la concesión de tres canales de televisión privada de los que dos tenían informativos, especialmente uno de ellos, Antena 3, que pronto se convirtió en la bestia negra del felipismo. En junio de 1982 la bestia negra cayó y fue reemplazada por una beste-zuela dócil ante el Poder y, eso sí, aparentemente afable y comprensiva con la Oposición. Tal vez por eso el PP no movió un dedo para evitar la defenestración de Martín Ferrand y su equipo, en el que tuve el honor de figurar como comentarista político.

Mientras caía la «pantalla enemiga» del Gobierno, el PP a través del Consejo de RTVE e Izquierda Unida a través sobre todo de Comisiones Obreras intentaron de diversas formas recortar las atribuciones, o, por mejor decir, arrogaciones del felipismo en el medio televisivo. Quenistas y felipistas libraron también sordas batallas en RTVE, víctima de las cuales fue Pilar Miró, la única directora que contó desde el principio con la oposición del aparato socialista y que acabó siendo denunciada por él en el famoso caso de sus prendas de vestir compradas con fondos del Ente. Si Pilar Miró ha sido lo más decente en la dirección de RTVE y era nada menos que la encargada de rodar los anuncios publicitarios del PSOE durante las campañas, calcúlese cómo habrá sido el resto.

El fracaso de la oposición en esa política de reparto institucional ha sido tan espectacular como justo. No se puede estar denunciando la intolerable corrupción y las horrendas manipulaciones de una institución

pública y seguir colaborando con su máximo órgano asesor. Lo mismo ha sucedido con el Tribunal Constitucional, el de Cuentas, el Supremo y demás controles superiores de la acción gubernamental. No se puede estar tronando contra el cocinero y rebañando el plato.

Pero si la manipulación de la información por parte de TVE ha alcanzado límites puramente soviéticos, niveles de engaño que incluso en África sonrojarían a ciertas tribus, en las dos televisiones privadas aunque domesticadas ha tenido lugar un fenómeno que convierte estas elecciones en algo realmente distinto a todas las anteriores: los abundantes debates entre candidatos del PSOE y del PP -sólo en la Segunda Cadena de TVE se ha huido del escandaloso bipartidismo que los ha caracterizado-, que han permitido por primera vez a los ciudadanos contemplan en directo, sin manipulaciones descaradas, a los políticos exponiendo sus ideas y debatiéndolas con el adversario. A pesar de que tanto en Antena 3 como en Tele 5 los conductores de esos debates han sido dos personajes tradicionales del guerrismo militante, como Campo Vidal y Luis Marinas, el efecto general ha sido indudablemente positivo. Y está por ver cuál será la reacción popular ante los debates entre González y Aznar, suceso igualmente inédito en la historia de la democracia española. Los debates no cambian sustancialmente la información política de los españoles, puesto que los informativos diarios de las dos cadenas privadas compiten en parcialidad con TVE, especialmente Antena 3 TV que desde la llegada de Campo Vidal ha hecho que su competidora Tele 5 parezca una cadena casi de oposición. Pero sin duda han mejorado cualitativamente lo que podríamos llamar el paisaje informativo nacional.

El anuncio de una Ley Antimonopolio en los medios de comunicación por parte del Partido Popular hizo que la cuadra informativa de Polanco se agitara inquieta, se movilizara luego y, finalmente, entablase diálogo con los jóvenes líderes de la Derecha. A cambio de no interferir en el banquete permanente del magnate santanderino, que tras hacerse con Antena 3 de radio en un golpe tan ilegal como inmoral es el dueño prácticamente único de la radio privada española, los aznaristas recibieron promesas de «neutralidad», que es precisamente a lo que aspiraba, ingenuamente, la dirección del PP. Mas la parte minoritaria pero activísima de los medios de comunicación hostil al felipismo -«ABC», «El Mundo» y la COPE; en menor medida, «Diario 16» y Onda Cero- puso el grito en el cielo, y finalmente en el Programa del PP figura la promesa de algo parecido a una legislación antimonopolio que, por el poder de PRISA, es una Ley Antipolanco, o más exactamente, una legislación contra el oligopolio del Pacto de los Editores.

«La oposición de izquierda y de derecha clama, forcejea y se retuerce ante la escandalosa manipulación de TVE. Clama en el desierto y recibe el justo pago a su indignidad anterior.»

